minuto aquí. Ya veo la cuna. Voy á asesinar al niño para utilizar mi ataúd.

Nada se podía objetar á tan prudente resolución.

Boulet-Rouge abrió su navaja.

Precisamente en aquel instante, al otro lado de la calle de Sevigné, otra ventana de un quinto piso se abría también.

La cabeza blanca y venerable de Silvio Pellico se exponía al pálido brillo de la luna.

Tancredo, conocido por el Murciélago, seguía prisionero en la estancia de Madina de Hachecor, y pudo ver al célebre asesino.

En un momento tomó su arco, le armó, ajustó á él una flecha envenenada, apuntó y disparó.

La flecha partió con velocidad. Silvio Pellico lanzó un grito semejante á la desgarradura de una pieza de seda nueva, y desapareció.

En las bohardillas, un artista de Montmatre, que estudiaba *La torre de Nesle*, cantó esta frase:

—¡Es de noche, la lluvia cae, París duerme!

CAPITULO IV

La sociedad de ribeteadoras de botinas.

Como contraste hábilmente combinado, después de tanta sangre y tantas lágrimas, y mientras Boulet-Rouge se dispone á asesinar al niño, el ánimo del lector podrá expansionarse con un cuadro lleno de frescura.

Veinticinco ribeteadoras de botinas, la mayor parte jóvenes, listas, risueñas y de vida poco correcta y ordenada, estaban reunidas en torno de una mesa nada limpia, en una estancia contigua á la en que por escalo y allanamiento se habían introducido los tres ratas del impace de Guemensí, y en la que se hallaba la cuna.

Las muchachas trabajaban charlando y cantando, mezcladas las rubias y las morenas, las pelirrojas y las castañas; pero trabajando todas pronto, bien y con todo entusiasmo.

Sólo se trabaja así en París, donde el encarnizamiento del placer produce el ensañamiento del trabajo.

En el grupo había bonitas y feas; pero las feas tenían ese no sé qué de canallesco y de picante,

que las convierte, si no en hermosas, en atractivas.

Eran casi todas ellas rostros de adorable incorrección que no resiste á un serio análisis. Narices respingadas, frentes pequeñas y bocas demasiado rasgadas, pero que en ocasiones dejaban ver hileras de perlas.

Sus tocados eran como los rostros, poco conformes á regla, atrevidos y artísticos á veces; pero no había en todos ellos una prenda que tuviera un valor real en el mercado.

Los nombres eran también característicos, y muchos de ellos usados en diminutivo. Los nombres de taller se parecen un tanto á los de teatro, en que no son precisamente apellidos de familia ni de nombres vulgares.

Nada de Marías, Franciscas, Magdalenas ni Juanas.

Anardas, Reginas, Armandas, Alisardas las hay siempre en gran cantidad, sin faltar alguna Herminia y hasta Irmas y Julemas.

La que se oye llamar Josefina, siente un poco de vergüenza.

Es lo contrario de otras generaciones. Hemos conocido una dama de calidad, muerta á los ochenta años, que aún se hacía llamar Leopoldina.

En el taller había once Anardas, que por ello

sólo se distinguían de los conocidos por los sobrenombres de Coliflor, Colibrí, etc.

Además había siete Armandas, cuatro Reinas y tres Irmas.

Sus chistes, que las hacían reir á mandíbula batiente, no eran ni muy nuevos ni muy ingeniosos; pero bastaban para mantener su alegría.

En el momento en que las presentamos á nuestros lectores la reunión tenía un carácter excepcional.

Para ello había dos motivos:

El primero había sido la explosión del carruaje de transporte.

Para enterarse de lo ocurrido fué comisionada Anarda, conocida por la Coliflor, que bajó á la calle sin darse tiempo á estirarse las medias, y que volvió pálida como un muerto, pues jamás había leído catástrofe tan horrible en *Le Petit Journal.*

Todo el mundo quiso precipitarse á la escalera; pero otra Anarda, por otro nombre Flor de Te, que era la gerente, retuvo á las obreras con mano vigorosa, recordándoles que la obra corría prisa.

Todas obedecieron, lo cual prueba que la gerente de una asociación libre se hace respetar como la de cualquier casa particular.

El segundo motivo era más interesante.

En el centro de la mesa había una joven que no

trabajaba. Era muy hermosa; pero tan pálida, que inspiraba compasión.

Su tocado tenía una sencillez aristocrática y un algo que la asemejaba á las ingenuas de familia distinguida, perseguidas por el infortunio en las tablas del teatro Ambigú Cómico.

Nos vemos precisados á retroceder á los comienzos de aquella velada para explicar la presencia de Elvira, la joven marquesa fugitiva, en la mesa de las ribeteadoras de botinas.

A cosa de las siete y media, largo tiempo, pues, antes de la imprevista catástrofe que debió sumir á setenta y tres familias en el dolor, la gerente del taller había salido para comprar te, azúcar y ron, para hacerse el ponche con que se regalaba las noches que había que velar hasta muy tarde.

Al dirigirse á la tienda de frutos coloniales, la gerente no había visto nada de extraordinario, á excepción de una joven que daba el brazo á un anciano de ciento y pico de años, y que tenía aspecto de buho.

Cuando volvió, la joven y el viejo habían desaparecido.

Pero al atravesar la calleja sombría á que daba la casa de la Justicia, oyó en la obscuridad de la noche gemidos inarticulados.

Sin abandonar, por supuesto, su te, su azúcar y su ron, se proveyó de una de esas largas cerillas que sirven para subir las escaleras, y que tantos servicios han prestado á la humanidad.

Al encender la cerilla vió un espectáculo conmovedor.

La joven y el viejo de ciento y pico de años estaban delante de sus ojos.

La joven, tendida en la acera, acababa de dar á luz—luz entonces escasa por ser de noche—, en medio de horribles sufrimientos, un niño de sexo masculino, no mal conformado y con todas las condiciones de viabilidad apetecibles.

El viejo, cuyo semblante de buho expresaba una crueldad incalculable, trataba de estrangular con una mano al recién nacido y de sepultar con la otra en el seno de la madre un crik malayo de una originalísima labor y manifiestamente envenenado.

Un segundo más, y aquellas dos infortunadas criaturas hubieran perecido.

Anarda lo comprendió así. No era más que una débil mujer, adornada de una educación muy deficiente y de costumbres no del todo ejemplares; pero no carecía de iniciativa.

Su corazón generoso latió dentro del pecho.

Con mano vigorosa y de un solo golpe, encendió todas las cerillas y mantuvo en el espacio una especie de castillo de fuegos artificiales, poco peligroso, pero deslumbrador.

El viejo, espantado, no pudo ocultar un mohín

de desaliento, y se deslizó á gatas á lo largo de la calleja.

Anarda le siguió para preguntarle su nombre y sus señas; pero el viejo desapareció, mientras una voz que no tenía nada de humana murmuraba á su oído:

—¡Mujer imprudente, teme la venganza del bisabuelo!

Después volvió al interior de la calleja, se metió al niño recién nacido en uno de los bolsillos de su delantal y ayudó á la desventurada madre á subir las escaleras que conducían al taller.

Aunque privada de conocimiento, la joven madre pudo hacer uso de las piernas.

Puede juzgarse del asombro de las Leocadias, Irmas y Armandas, cuando la gerente, abriendo la puerta del taller, hizo entrar á la hermosa joven y sacó el niño del bolsillo del delantal.

Este era el que dormía en la estancia próxima al balcón. A él era al que amenazaban las miserables pasiones de Boulet-Rouge.

¡Si hubiera sabido!...

La gerente dijo:

—Queridas mías: es preciso que esto no os impida trabajar. Voy á instalar á la joven forastera en una buena silla, y nos contará sus aventuras para pasar el tiempo agradablemente.

—Mujer generosa—murmuró la joven con voz alterada—, aun cuando viviera ciento y pico de

años, como mi desnaturalizado cruel bisabuelo, no olvidaría jamás vuestros beneficios. Dadme, os lo suplico, un caldo...

—Sólo tengo ron—se apresuró á decir Anarda.

—No importa. Me bastará.

Y al beberse un trago, pareció confortada por aquel cordial.

—¡Bondad divina!—murmuró poco después, vertiendo abundantes lágrimas—, en qué abismo pueden precipitar á una joven unas relaciones amorosas.

Todas las Anardas se volvían oídos Las Irmas palidecían de impaciencia y curiosidad.

La forastera se sentó, lanzando un suspiro de satisfacción.

—Mujer magnánima como ninguna—continuó—, os debo una confesión completa. Contad sucintamente á estas señoras lo que habéis visto en la calleja próxima, y eso me dará aliento. Cuando acabéis tomaré la palabra y conoceréis toda la extensión de mi desventura.

Cuando la gerente iba á abrir la boca, la detuvo, para añadir con una dignidad llena de reserva:

—Excusad cuanto os sea posible en vuestro relato la pintura del noble criminal, cuyos perversos designios acabáis de atajar. Además de ser respetable por su edad, le debo ternura y obediencia. Es el padre del padre de mi padre.

—Sois demasiado magnánima—objetó la gerente—. Yo, por mí, hubiera estrangulado al viejo.

Después, empleando ese lenguaje pintoresco que tan bien emplean las últimas capas sociales, hizo el relato breve, pero completo, de la escena que acababa de presenciar.

Su éxito de narradora fué completo, y la curiosidad no tuvo límites en el obrador.

Aunque débil todavía la forastera, comenzó así:

—La fortuna y la nobleza de la cuna no dan la felicidad. Yo soy un buen ejemplo de ello.

Yo vi la luz lejos de París, entre la villa de Saint-Cloud y la aldea de Sarches, en un antiguo castillo, conocido con el nombre de la Mauruse.

No entra en mi ánimo causar envidia á vuestra pobreza describiéndoos el lujo que rodeó mi cuna. Mi padre, primogénito del marqués de Rudeland, que era á su vez hijo del duque del mismo ilustre nombre, había casado con Fancha de la Roque-Aigurande, descendiente y única heredera de los barones de Buch, segundones de la casa de Foix.

A la edad de diez años yo poseía una muñeca que había costado 185 luises, y mi nodriza llevaba hebillas de rubíes en las ligas.

Pasemos por alto esos detalles que tan caros he pagado luego.

El castillo de la Mauruse es una antigua mora-

da señorial, colocada en el pico de una montaña y rodeada de precipicios sin fondo, en los que se unen, por dilatadísimos subterráneos, los estanques de Ville d'Abray.

La fortaleza fué levantada por Enguerrando de Cartaglue, que mató en singular combate al bribón de Chavanett, en los tiempos de Enrique II.

Pasemos también eso por alto. Si me pusiera á contaros las glorias de mis antepasados, os sentiríais humilladas y no acabaríamos nunca.

En la época de la revolución, en 1789, mi bisabuelo era ya bombre de treinta y tantos años, muy estimado en la corte, afortunado con las damas, jugador desprendido y todo un buen muchacho.

La revolución le sorprendió de improviso. Cuando saquearon su castillo de la Mauruse había ido á Sévres á comprar tabaco, por lo que no pudo salvar sus tesoros, que fueron dilapidados por la multitud.

Obligado á partir para la emigración con su mujer y su hijo (el padre de mi padre), no poseía más que el dinero que llevaba en el bolsillo y los botones de su casaca y de su chupa, que felizmente eran de perlas finas.

Así llegó á Londres, que es bien que sepáis que es la capital de Inglaterra.

El dinero, unido al precio de los botones, le

completó una suma de 250 guineas, ó si queréis mejor, de 8.750 francos.

Eso os parecerá todavía una buena suma; pero mi bisabuela gastaba 50 luises diarios. El duque de Budelame-Cartagena la adoraba.

Para satisfacer sus caprichos contrajo malas costumbres de que su familia no había de tardar en ser víctima.

Primero se hizo usurero; luego, los productos de tal industria no bastaron á las prodigalidades de su mujer, y aprendió á hacer trampas en el juego y en los salones de buena sociedad.

Un día, por fin, llevado del deseo de complacer á su esposa, se puso á trabajar seriamente; hizo con éxito sus exámenes, y fué recibido como miembro de la importante compañía *La Gran Familia* que tenian formada los ladrones de Londres.

Había puesto el pie en una pendiente resbaladiza, y, claro es, se deslizó por ella.

Siempre para procurar á su idolatrada compañera joyas preciosas, costosos cachemires y hasta licores fuertes, porque la duquesa había contraído un ferviente culto al pagano dios que preside las vendimias.

Para satisfacer todas aquellas operaciones, el tierno esposo fabricó venenos, inventó puñales destinados á no dejar huellas en las víctimas, y

se portó, por último, de modo poco digno de la estimación general.

No puedo menos de ser parcial tratándose, como se trata, de uno de mis antepasados; pero la verdad me obliga á decir que conservó siempre ciertas formas en sus mismos deslices. Jamás hizo robos pequeños, ni mató á nadie más que por medio de sus empleados.

Ahora preguntaréis: la persona por la que de tal modo se comprometía, ¿era digna de aquel amor? En modo alguno. La señora duquesa, salvo su exquisita educación, era una bribona. Además de su afición á la bebida, tenía otras veleidades en extremo perjudiciales á los fueros de la fidelidad conyugal.

El duque, después de haber estado cegado largo tiempo por la pasión que sentía por su esposa, se convenció de que la compañera de su vida derrochaba el dinero, ganado con tanto trabajo y alguna exposición, entre varios jóvenes de la alta sociedad, algunos músicos, un lacayo, tres abogados y uno ó dos militares de escasa graduación.

Aquel descubrimiento le hizo concebir el deseo de vengarse.

Para realizar su plan repasó algunos volúmenes de física recreativa, tomó después una barra de hierro completamente nueva, que puso al fuego

durante cuarenta y ocho horas, y la sumergió antes de que se enfriara en una infusión de nicotina, fenol y agua Tofiana mezclada con asafétida, formando todo ello un compuesto de que nuestra familia guarda cuidadosamente el secreto y que no podría encontrarse en las boticas.

Tomadas de este modo sus medidas, entró una noche en su domicilio más temprano que de costubre. Consigo llevaba una cesta de licores fabricados en diversos monasterios, escogidos fiambres, algunas salchichas y una docena de pasteles.

Ya he dicho que su pasión era la galantería. Mi bisabuela, al ver los manjares, no deseó otra cosa sino comer con él.

Para ello hizo poner la mesa en una habitación del castillo que no tenía puertas ni ventanas. No podía buscar sitio más á propósito para realizar sus feroces designios.

La señora duquesa, sin desconfianza alguna y con un apetito excelente, le siguió al peligroso retiro.

La cena comenzó á las ocho y doce minutos. A las diez el duque despidió á los criados.

A la media noche, cuando la culpable é infortunada dama, embriagada por el amor y la aniseta, se dejaba caer en brazos de mi bisabuelo, éste, sacando del seno la barra emponzoñada, la

sepultó catorce veces en el cuerpo de la desdichada, pronunciando palabras de vengativo despecho.

Hasta el golpe número trece la desventurada

tuvo fuerzas para gritar... Al catorce enmudeció.

El duque de Budelame-Cartagena debió creer que se había desembarazado de ella para siempre. El curso de esta historia demostrará cuánto se engañaba.

Al llegar á este punto de su relato, Elvira cayó presa de un síncope, que no era raro, dado el estado en que se encontraba.

Las ribeteadoras se apresuraron á acudir á su socorro.

Era el momento en que el carruaje de transporte llegaba á la calle de Sevigné.

Nada anunciaba todavía una sangrienta catástrofe. Las aves dormían cobijadas en los aleros de los tejados; el viento hacía girar las veletas en lo alto de las torres, y los viejos verdes seguían con paso vacilante y el sombrero derribado sobre la oreja á las modistas que salían de los talleres.